

¡Ya nos quieren correr del hospital!

Alberto Apolo

¡AY, YA NOS QUIEREN CORRER DEL HOSPITAL! Sí, ahorita pues, ahorita. A mí me ha quedado la opción de realizar algunas actividades y de trabajar en cualquier cosa pequeña aquí adentro. Muchos años atrás trabajé por una temporada fuera del hospital. Pero fue un poco difícil. Me llamo Alberto de los Ángeles Apolo Pereyra. Tengo 51 años. Nací en la provincia de El Oro, creo que el lugar se llama La Primavera. No tengo hijos. La mayor parte de mis familiares ya falleció. Mi mamá falleció hace unos 13 años y mi papá hace dos.

El 13 de diciembre cumpliré exactamente 20 años de vivir en el hospital. Vine aquí en 1994, el 13 de diciembre. Creo que tenía 32 años. Llegué aquí porque el doctor Francisco Ramos me dijo “vaya a ver al doctor en el hospital”. Me dio la dirección y el nombre del doctor Holger Garzón que había sido su estudiante en Quito. Pero no me sentía mal, no tenía dolores, lo único que me preocupaba es que tenía una mancha que temía se hiciera más grande. También mi pierna se estaba amortiguando. Esto sucedió en 1989, yo vivía en el Oriente, no en Quito.

Cuando llegué había alrededor de 66 personas, entre hombres y mujeres. El hospital era igual que ahora. Lo único que ha cambiado es la pintura y se han renovado los techos, sobre todo donde dan consulta. Tengo enten-

200 dido que un empresario construyó el hospital, aunque otros dicen que el fundador es el doctor González. Creo que le llamaron leprocomio porque había bastantes enfermitos de la lepra. Aunque no sé quién lo construyó, tengo entendido que primero le llamaron Verdecruz y luego Hospital Gonzalo González. En aquel entonces el hospital brindaba servicios de curaciones, medicina, los alimentos que siempre nos dan. Cuando llegué, el director era el doctor Naranjo.

Viviendo aquí, había ocasiones en que nos trataban bien, pero a veces sí se desprecupaban de la medicina. Por ejemplo, cuando empezó el dolor de mi pie, le dije al doctor que hiciera algo. Me cortaron el dedo del pie y yo pensaba que eso era lo mejor. Pero lo que él hizo no sirvió y por ese motivo perdí la pierna, porque la infección fue agravándose hasta que llegó al hueso. Salió mal la cirugía y me dejaron las vendas apretadas. Eso me causó dolor como unos tres o cuatro días. Luego me retiraron el vendaje, se vio el pie morado y estaba como si se hubiera podrido. Todo por una mala decisión que tomó el doctor. Yo creo que él no había tratado un caso así antes. Eso fue una mala práctica médica y ya pasaron 13 años. Por suerte, no morí. Desde que llegué al hospital, han fallecido por lo menos 20 compañeros. Cuando un compañero fallece, uno piensa “vamos quedando cada vez menos”. Uno siente pena porque, claro, es el compañero que se va. Ésta es la casa de uno y siempre cuando fallece alguien, queda un vacío entre nosotros. No sólo se va una persona, sino un compañero.

Antes de llegar aquí trabajaba en agricultura en El Oro. También me iba a lavar oro. Ya cuando fui al Oriente me puse a sembrar café, maíz, cacao, todo eso. En el campo se dedica uno a la agricultura, a la cría de ganado, a la siembra de maíz, aunque también me dediqué un tiempo a la electrónica. Estuve en el Oriente unos diez u once años. Y entonces empezaron esas manchas en el cuerpo como en 1989. Pero fue solamente una sospecha porque yo no sentía nada. Me fui entonces para El Oro y en 1990 me salió un hueco en el pie muy parecido a un piquete de insecto. Se fue hundiendo y hundiendo, pero era delgadito. Y aunque me encontraba así, me fui para el Oriente. Allí conocí a una señora, por casualidad, que me dijo que a una hermana de ella le había salido un grano igual en el pie. Me aconsejó ponerme carbón, me dijo que eso era bueno. Lo hice y en realidad me agravó. De allí me fui otra vez para la costa y estuve allí alrededor de cuatro meses. Conocí al doctor

Julio, que era un especialista en lepra. Ordenó que me hiciera un examen de esos que les hacen a todos los pacientes, pero salió negativo. Al escuchar eso, mi tío me dijo: “Ve de vuelta y dile que te haga otro examen”. Así lo hice. Regresé donde mi tío y le dije que nuevamente había salido negativo. “¿Y ahora qué hacemos?”, le pregunté. Me hicieron una biopsia e igual no reportaba ninguna enfermedad. No me detectaban nada. Entonces me dieron medicamento, pero sólo por sospechas y no porque había un diagnóstico acertado. Después de la biopsia me dieron un medicamento que duraría un mes. Luego me lo dieron para dos meses y me dijeron que fuera directo a la Jefatura de Salud de Pichincha. No recuerdo el nombre del doctor con el que me mandaron, pero llegué ahí y el doctor especializado se había ido a Santo Domingo. Por eso, me enviaron aquí al hospital. Eso fue en 1992. Me revisaron el pie y ya estaba inflamado. Creo que con el viaje desde El Oro hasta acá, empeoró. Sin embargo, decidí no quedarme. A las dos de la tarde compré un boleto y me fui al Oriente. Fue sólo luego de dos años que regresé acá. Pero volví con el pie ya sano. Yo mismo me curé, me preparé una pomada, me la puse y sanó. Regresé al hospital por lo de mis manchas. También me di cuenta de que el dedo de mi pie estaba algo inflamado. Creo que esto se debió a que en el Oriente, como es lodoso, me entró agua en la bota y eso removió el problema que tenía en el pie. Entonces fue avanzando y avanzando y por ello regresé. Ya tarde, quizá.

Cuando fui a El Oro escuché que a esta enfermedad le decían Hansen, pero no sabía de qué se trataba, no sabía nada de la enfermedad. Cuando vino mi familia se quedó tranquila. Mi mamá me dijo que ella pensaba que yo no tenía la enfermedad porque el único síntoma que tenía era el de las manchas. Me dieron unos documentos, como unas cartas de recomendación para que me dieran los medicamentos y para que no me fuera al Oriente. Cuando llegué aquí en 1994, me hicieron otra biopsia. Me mandaron donde la doctora Sonia Tello. Los resultados salieron indeterminados, como que tenía y no tenía. No había un diagnóstico claro. Entonces me dieron un medicamento durante un lapso de un año y medio.

En ese entonces yo quería un futuro fuera de aquí. Quería irme lo más pronto posible y volver al Oriente. Quería casarme, pero con esta situación, me vine acá y ya todo se quedó en planes. En la provincia de El Oro tuve una chica, pero cuando me fui al Oriente, dejé a otra chica allá. Siempre iba a

verla, pero por la distancia a veces no funcionaba. Más bien, en el Oriente tuve dos chicas. Pero tampoco se llegó a concretar nada con ninguna. Estando aquí, fui nuevamente a El Oro. Igualmente ahí tuve un plan de robarme a una chica en la madrugada. Pero me arruinó el plan un primo mío que estuvo borracho e hizo bulla y ya no me la pude robar. Tal vez estaría bien casado, quién sabe qué hubiera pasado, porque ya fue hace diez años. Lo cierto es que no llegué a casarme y tampoco tuve hijos. Al llegar aquí, recuerdo que les permitían a los pacientes tener hijos.

Mientras me detectaban el Hansen no tuve una pareja estable, sólo pasaba el tiempo. Ya en Quito sí la tuve. Pero como no pude casarme, empecé a tener diferentes novias. Todas venían de afuera de la ciudad. Yo las conocía por un chico que era de Salinas. La pareja más formal que tuve fue la chica que estaba allá, la primerita, de la provincia El Oro. Luego, cuando volví a los dos o tres años, me la encontré casada y tenía una niñita o niñito de brazos. Me saludó y no volví a saber nada más de ella. Ya aquí en el hospital no he tenido una pareja fija, no como para una relación estable. La chica con la que tuve algo estable era de Salinas. Venía a verme, pero tuvimos un disgusto y se terminó. Después tuve otra chica que también era del Oriente. Estuve con ella unos 15 o 22 días, pero se terminó. Las experiencias que he tenido con las chicas han sido buenas. Siempre la pasamos bien, es decir, tengo relaciones normales, con estabilidad. La enfermedad no ha influido. Antes, podíamos tener pareja, pero ahora ya no nos lo permiten. Por ello yo debo de tenerla pero calladito, escondidito. Cuando me veía con mis novias, era acá, dentro del hospital. Con la chica de Salinas, la primera vez que nos conocimos, nos citamos en la terminal de autobuses. Ella iba a Latacunga y me llamó, dijo que quería verme. Fui entonces a la terminal y ahí nos vimos. Luego seguimos chateando y chateando y ya le dije que quería tener una relación con ella porque me gustaba. Ella me dijo que sí y me aceptó como enamorado. Se dio la oportunidad y ella vino y se quedó aquí una noche y un día. No pudo quedarse más tiempo porque había venido con permiso de su familia por poco tiempo. Al día siguiente se fue y nunca hablé con su papá. No tenía caso. En su segunda visita la llevé a pasear al Oriente y luego ya terminamos. Tuvimos un disgusto porque la vi conversando con otro señor y noté que eran amigos. Pensé que estaba cometiendo un error al estar con ella, pues quién sabe si al mismo tiempo

que me veía a mí, lo veía a él. Entonces dije “no, ahí no más”. Y entonces terminamos. Bueno, yo terminé con la relación.

Cuando llegué aquí, sí había algunas parejas casadas con compañeros del hospital. Pero, recientemente, cuando estuve enamorado de una chica, la monjita la encontró cuando ella estaba lavando las sábanas, y le preguntó qué hacía aquí y quién era. Yo le expliqué, pero me dijo que no podía quedarse. Entonces se fue y perdí el contacto con ella. Yo creo que nos prohíben tener pareja por nuestra enfermedad. Tal vez no crean posible que tengamos pareja, o que nos enamoremos por la discapacidad que tenemos. Tal vez la monjita cree que no podemos conocer a una persona porque, por ejemplo, por el problema de mi pie, no puedo caminar un día completo. Entonces creen que nadie se puede relacionar con nosotros. Yo aspiro a encontrar una buena compañera, a esta edad todavía se puede. Y mucho más si me pongo la prótesis, y claro si Dios me da vida y me concede salir de aquí. Si salgo de aquí, volvería al Oriente y pondría un negocio. Como tengo una finca allá, tal vez trabajaría en la tierra. Yo opino que sin el amor no se puede vivir; es muy necesario.

Muchas personas aquí necesitamos el hospital y pensamos que muchas más seguirán viniendo. Por eso deseamos que se mantenga. Es importante que se sepa la historia del hospital y de las personas que han vivido aquí, porque con eso las personas sabrán de nuestra existencia y habría más apoyo para que no lo cierren. Yo por eso le pediría al gobierno que nos deje tranquilos, que ya no nos siga reduciendo el espacio. Ahora el espacio que tenemos es pequeño y hasta eso nos quieren quitar. Me gustaría invitar al presidente para que viniera y se diera cuenta por sí mismo de la situación y nos ayude, merecemos, por ejemplo, una mejor alimentación.

8 de octubre de 2014